

única razón, es único para todo el Universo, para los Cielos y la Tierra, para toda la Eternidad, y sólo puede existir un código jurídico para este único Estado Universal. De este modo nuestra época hereda un rótulo que se asocia al fundamento de cualquier justicia. A partir del siglo XIX, ya no se discutirá tanto sobre la Justicia (que se había perdido de vista doctrinalmente) como sobre el derecho natural. Es obvio que se trata de una noción del *ius naturale* que poco tiene que ver con la de la Edad Moderna o con la vigente anteriormente. Estamos, pues, ante un tercer tipo de iusnaturalismo, nuevo en la historia, que vio la luz entre las manos de los jesuitas españoles de finales del siglo XVI».

*Caridad Velarde*

A. ETZIONI, *La tercera vía hacia una buena sociedad. Propuestas desde el comunitarismo*, Editorial Trotta, Madrid 2001, 111 pp.

Amitai Etzioni está considerado como uno de los principales teóricos de la llamada “Tercera Vía”. En este breve libro resume las ideas fundamentales de las nuevas políticas públicas que se enmarcan dentro del pensamiento comunitarista actual.

Para el autor, la sociedad es fruto de una conjunción de tres elementos: Estado, mercado y comunidad. La buena sociedad sería, por tanto, aquella que promueva el equilibrio de dichos elementos que frecuentemente aparecen como incompatibles. El camino que lleva a la buena sociedad es aquel que descubre la complementariedad de sus elementos, esto es, la “tercera vía” cuyos orígenes son ciertamente paradójicos. En definitiva, la tercera vía no es sino la coctelera donde se mezclan distintas doctrinas, como el judaísmo, el cristianismo o los socialismos utópicos.

Una vez enunciados los elementos que conforman la buena sociedad no queda sino su análisis por separado. Se comienza examinando la comunidad. A nadie se le escapa que es un error prescindir de un previo análisis de la persona individual. Y no es que no se preste atención al individuo en cuanto tal sino que se diluye la individualidad en una argamasa colectiva, que es la comunidad. Ésta debe basarse en los lazos afectivos –las relaciones personales– y en la transmisión de una cultura moral, como conjunto de valores compartidos y aceptados. Las comunidades vendrían a ser, por utilizar palabras del texto, co-

mo “familias grandes”, donde la persona encuentra protección y afectividad. Sin embargo esto no debe conducir a un conformismo autosuficiente de las comunidades, sino que éstas, como referentes primarios de las políticas de la tercera vía, deben tener un papel activo en el progreso social, desempeñando trabajos en los que adquieran conciencia de su utilidad. Se trata de los cometidos sociales que la comunidad “es capaz de cumplirlos a más bajo coste y con mayor calidad humana que el estado o el mercado”, para convertirse, en el futuro, en la mayor fuente de servicios sociales.

Este papel activo de la comunidad es mucho más eficaz, porque su quehacer está exento de los intereses económicos que pudieran impulsar al mercado o de aquellos otros intereses partidistas de la maquinaria estatal. Y es así porque sus actividades se enmarcan dentro de lo “moralmente debido”, en el marco de unos deberes éticos que la comunidad tiene en relación con sus componentes. Es lo que en el libro se define como “mutualismo”, que es algo distinto del voluntariado; éste se basa en la ayuda hacia los necesitados, mientras que el primero no está dirigido a los necesitados sino a los iguales, a los miembros de la comunidad.

Esta función principal que se asigna a la comunidad carecería de fundamento sin el apoyo total de los otros dos elementos de la buena sociedad. El mercado, pero sobre todo el Estado, tienen la función principal de impulsar el crecimiento y desarrollo de las comunidades, con la propuesta de planes de apoyo y programas de implicación de las comunidades. En definitiva, de lo que se trata es de reducir la presencia estatal y sustituirla por la de la comunidad, mucho más cercana al ciudadano, donde los servicios se dan entre sus propios miembros. En sus propuestas más prácticas, Etzioni parece abogar por una democracia directa, con reuniones vecinales donde los propios ciudadanos sean quienes decidan, por ejemplo, cómo acabar con la tasa de delincuencia y acaben por organizar patrullas policiales entre ellos; todo ello con la evocación implícita a la Grecia antigua.

Sin embargo, el impulso de las pequeñas comunidades aún a costa de otras instancias más amplias, como por ejemplo la idea misma de nación, es un error difícilmente salvable. Las ideas de Etzioni conducen inexorablemente a la autocracia de las comunidades y no sería raro que se produjeran situaciones de desigualdad, desequilibrio e incluso enfrentamientos entre ellas. Por eso mismo, la idea de una solidaridad “comunitarista” con la intención de que unas comunidades más prósperas ayuden a otras más necesitadas, no deja de ser sorprendente y utópica.

El capítulo tercero es quizá uno de los más interesantes. En él se ocupa de analizar la cultura moral y sus instituciones. Para el autor, es necesario

socialmente un acuerdo sobre los valores que ayuden al fortalecimiento del orden social y que impliquen progresivamente una mayor ausencia de Estado. De ese modo, la moral jugaría un papel sustitutivo del Estado. A continuación hace un sorprendente estudio sobre las leyes y sus implicaciones morales. Los gobiernos deberían ser cautos a la hora de establecer leyes con contenidos morales y dejar que estos contenidos tengan una existencia social autónoma. Etzioni lo explica muy bien con la diferenciación entre lo que él denomina leyes “desnudas”, aquellas que no están precedidas de compromisos éticos de la sociedad, y otras leyes “bien vestidas” que se fundamentan en una conciencia moral previa. Por ello, el legislador tiene que llevar a cabo una función de “persuasión moral”, convencer a las comunidades del acierto ético de sus propuestas.

Se señala en el libro la importancia de las responsabilidades sociales de la comunidad como una nueva formulación del binomio derechos y deberes; sin embargo, muchas veces no van acompañados sino que se mueven en esferas diferentes. De esta manera, sería legítimo pedir responsabilidades sociales a aquellos cuyos derechos no han sido totalmente garantizados, en nombre de unos intereses sociales que superan a los individuales. Hay que señalar que se refiere a responsabilidades sociales por parte de todos y para con todos; responsabilidades que deben incentivarse ya desde la infancia, gracias al establecimiento de tareas educativas que exijan una implicación de los estudiantes en actividades solidarias. La manifestación más clara de responsabilidad social para el autor es la llamada inclusión social “asegurando que todo el mundo es aceptado y tratado con el máximo respeto que merece por el hecho de ser hombre”. La exigencia kantiana de tratar a los demás como fines en sí mismos obliga también al aparato del Estado del bienestar, que debe asegurar lo que en el libro se llama un “mínimo básico satisfactorio”.

La vida de las comunidades es una vida dinámica, con cambios de fondo importantes y frecuentes. Lo que determina el progreso de las comunidades son las transformaciones de los individuos. Pero el motor último es el diálogo social o político que permite que las personas cambien sus formas de pensar. Ese diálogo se consigue llevando las grandes cuestiones políticas a la palestra de la opinión pública. A juicio del autor es éste uno de los puntos donde los gobiernos de la Tercera Vía no suelen estar muy atinados. Es fundamental que el ciudadano se sienta, en última instancia, con poder de decisión frente a ese otro papel más alejado que desempeña actualmente.

Lo novedoso del ensayo son las propuestas en torno a la recuperación de la familia, como centro de educación moral del ciudadano. En el libro se propone la institución de un tribunal especial con funciones en el control y la promoción

social de la familia, incluyendo informes sobre el estado demográfico de la sociedad, de poca importancia hoy día. Para el autor, están fuera de tono las discusiones sobre nuevos modelos familiares cuando no se ha hecho aún un diagnóstico del estado familiar clásico y tampoco las políticas familiares han conseguido conciliar familia y trabajo.

Cuando se ocupa de los otros elementos que configuran la buena sociedad se pone de manifiesto el eclecticismo del que adolece la Tercera Vía. Así, al decidir las funciones que corresponden al Estado, se señalan sólo ocho tareas principales como seguridad pública, administración de justicia, servicios de sanidad, control básico de la economía y de las condiciones medioambientales y, por último, la atención de la regulación jurídica de las nuevas tecnologías. El aparato estatal de la Tercera Vía debe ser muy meticuloso a la hora de proteger estas parcelas de las posibles fuerzas de mercado que puedan introducirse.

En cuanto al último elemento que configura la buena sociedad, el mercado, Etzioni defiende el papel fundamental que desempeña para el progreso económico y social de las sociedades. Lo que critica es el desequilibrio que se da entre el Estado y el mercado que puede llevar al primero a ser un mero juguete del segundo. En estos casos, los afectados son siempre los individuos. Por ello, se propone una conciliación entre ambos elementos basada en la confianza mutua y en la creación de entidades que salvaguarden a la sociedad de los abusos del mercado.

En sus últimas páginas se reflexiona sobre la cohesión social y la descentralización, en vías a una comunidad de comunidades, temas tan importantes en la Europa actual. Sin embargo, las propuestas no son demasiados reales, aunque señala que la diversidad cultural puede darse aún en la unidad hacia una buena sociedad. En todo caso, en los problemas de las políticas europeas, deben ser las comunidades quienes tengan la última palabra.

Con el libro puede llegarse a tener alguna idea sobre lo que se denomina "Tercera Vía", concepto que a pesar de ser tan utilizado no estaba aún definido. Algunas propuestas son interesantes, aunque uno acabe pensando si no es demasiado ilusorio todo lo que se dice. A fin de cuentas es un ensayo sobre lo que debería ser una buena sociedad y eso lleva necesariamente a un análisis sobre las sociedades contemporáneas bastante interesante.

*José María Carabante*